



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

12621

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Redacción y Administración, Mayor 24

CONDICIONES

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

LUNES 30 DE NOVIEMBRE DE 1903

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Condorcet 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

QUE SE SEPA

¿En qué quedamos, dónde está Canalejas, en los lindes de la república ó á la derecha de los conservadores?

El, el propio interesado, el que por diferencias con Moret se sus- trajo á la jefatura de Sagasta y se echó á predicar por esos mundos ideas radicales que halagaban á los republicanos, dice que solo le se- para de éstos la forma de gobierno.

Contra esta aseveración del jefe á corto plazo del radicalismo liberal—que así considera un colega democrático al señor Canalejas— dice el conde de Romanones que el programa de aquél es en muchos puntos menos liberal que el del actual gobierno del señor Villaverde.

En este asunto ni entramos ni salimos; pero á título de especta- dores que presencian los disgustos de la familia liberal; disgustos que se sellarán al fin con un abrazo, echando pelillos á la mar, hemos de decir que el discurso del señor Canalejas no ha resultado todo lo radical que se esperaba; y es que indudablemente, para coincidir con Montero Ríos, que lo dejó ir solo cuando se separó de Sagasta, ha tenido que desandar algo del camino que seguía, de la misma ma- nera que para llegar hasta él ha tenido que avanzar un poco el jefe del partido radical.

Esto es evidente; así lo han ex- plicado en la alta Cámara los pri- mates del partido liberal y así tie- ne que ser, pues de otro modo se hubiera hecho imposible que lle- garan á darse la mano la izquier- da y la derecha, es decir Canalejas y Armijo.

En este punto tiene razón el con- de, ha habido rectificación de pro- grama ¿Hasta qué punto? Eso es lo que debería explicarse, porque es sabido que todo lo que se encie- rra en vaguedades, al llegar á la realidad produce desencantos por- que siempre aparece distinto á como lo esperaba la opinión.

La causa de que esta se llame a engaño, en eso está tan solo. Por eso, porque jamás hablan claro los políticos, se ha formado la enor- me masa indiferente que no vuela cuando hay elecciones y se sonríe incrédula cuando se le habla de la cosa pública.

Si se le quiere sacar de su apatía hay que hablarle claro, concretan- do propósitos, explicándolos con pocas palabras, porque el ropaje disfraza las ideas hasta el punto de que á veces al entrar en lo real son desconocidas por los más ena- morados de ellas.

Ahí radica la desconfianza de esa opinión tan censurada porque no responde cuando se le solicita. Y es que ha sido solicitada tanto y tantas veces se ha visto chasquea- da, que no se presta á nuevos des- engaños.

La opinión quiere hechos no pa- labras.

TUJERETAZOS

Ha dicho en el Congreso el ministro de Marina, discutiendo los gastos de su depar- tamento, que cada aprendiz de artillero le cuesta al Estado treinta mil pesetas,

Y aun ha dicho más:

Ha manifestado que si todo lo que ha gastado la nación en Marina lo hubiese in- vertido de un modo racional, no hubiesen sobrevenido los sucesos que nos dejaron sin colonias.

¿Qué hermosa confesión!

¿Y qué argumento para los españoles que se niegan á seguir gastando!

Porque el Sr. Cobián ha dicho que Mau- ra es su jefe, se ha armado casi un lío. No hay por qué, caballeros.

¿No son Silvea y Maura los jefes de la conjunción conservadora?

¿No es Cobián un ministro dado por Mau- ra á Villaverde?

Pues entonces... ¿por qué ha de ser peca- do llamar al pan pan y al vino vino... y á Maura jefe de Cobián?

¿Si eso es más lógico que la misma ló- gica!

En Barcelona andan buscando á una mu- jer que desapareció de la cama donde ya- cía gravemente enferma.

¿Dios mío, otro crimen!

En el Congreso ha dicho el Sr. Puigcer- ver que es partidario de la separación de la iglesia y el Estado pero solo como ideal. Estos talentudos dicen unas cosas...

Lo que no puedo ser no se predica ni se alude siquiera.

Plagiando la frase de un célebre político pudiera hacerse esta pregunta:

¿Qué pedazo de pan le daís al pueblo cuando le habláis de utopías?

Y no hay que decir que la utopía de hoy es la realidad de mañana, porque entre este mañana y aquel hoy suole correr un río de sangre tanto más ancho cuanto mas separa- das se encuentran ambas fechas.

¿No sería mejor que vinieran cada una cuando se hiciese necesaria, que no anun- ciarlas á destiempo provocando una enor- midad de moles?

EL TOCADOR DE DIANA

de Poitiers

Un curioso manuscrito, hallado no ha mucho en una venta de autógrafos realiza- da en París, nos da interesantes detalles acerca de los perfumes y cosméticos que usaba Diana de Poitiers, la célebre favorita de Francia o I, y más tarde del hijo de este monarca, Enrique II, que contaba, cuando

conoció á la hermosísima dama, diecinueve años menos que ella y estaba casado con la famosa Catalina de Médicis.

El documento á que nos referimos es un cuaderno de cuentas firmado por René Bertault, ama de gobierno, como si dijéramos de la bellísima duquesa de Valentinois, título concedido por el monarca á su favorita, la cual, por los datos recogidos, era una mujer de sumo orden y muy arre- glada en sus gastos.

Diana de Poitiers era la tercer hija de un noble caballero, poseedor de escasa for- tuna, M. de Saint Vallier, el cual casó á su hija, cuando ésta solo contaba 13 años de edad, con el conde de Brezé, persona ya entrada en años, feo y algo contrahecho.

A pesar de estos defectos físicos, Diana guardó á su esposo la mayor fidelidad, hasta que, habiendo quedado viuda cuando con- taba treinta años, se entregó, pasados los primeros meses de luto á los placeres del amor y de la galantería.

Su belleza era tan prodigiosa, que ape- nas la vió el galante rey Francisco I de Francia quedóse prendado de ella, prodigán- dole, al par que las mayores pruebas de afecto, grandes honores y riquezas.

Unánimemente se consideró á Diana de Poitiers como una de las más acabadas be- llezas de Europa en aquel tiempo, siendo lo más extraordinario de esta hermosura que supo conservarla hasta los sesenta y cuatro años, edad en que murió.

Contrariamente á lo que usaban todas las damas de su tiempo, Diana no emplea- ba para su «toilette» cosméticos complica- dos ó pastas más ó menos nocivas.

La favorita se lavaba el rostro todas las mañanas, aunque el frío fuese excesivo, con agua recién sacada de un pozo, y para el cutis usaba tan solo pasta de almendras y crema de cacao.

En aquel tiempo las damas más principa- les de la corte se perfumaban con almiz- cle, costumbre que no siguió la favorita, pues solo empleaba el ámbar y la «civette», esencia que expresamente preparaban pa- ra ella los mejores fabricantes de Italia.

De España enviaban á la hermosa dama la crema de cacao y la crema de vainilla, sustancias inofensivas y refrescantes, á

las que Diana atribuía su perpétua juven- tud.

Para el cabello usaba únicamente una pomada hecha de malvas, y en su tocador figuraban, como complemento de estas son- cillas tocetas, esencia de limo y un líquido compuesto de almendras amargas, limón, espliego, romero, rosa y tomillo.

Las damas del siglo XVI, época en que floreció Diana de Poitiers, no tenían, aun- ta más opulentas, como sucede ahora, un cuarto exclusivamente de tocador.

Sus utensilios de limpieza, cepillos y pei- nos eran verdaderas joyas y los que usaba la célebre favorita, eran de estilo árabe, hechos de oro macizo con incrustaciones de tarquesas y rubíes, y las pias de los pei- nes de marfil ó de ébano.

Para encerrar estos utensilios existía el llamado «cái de chambre», que era una caja de terciopelo guarnecida de oro y en la cual la doncella recogía todos los menes- teres de «toilette» que su señora acababa de emplear, entre los que figuraban, según nota del citado manuscrito, un palillo para la dentadura, una pequeña lima, un limpia oídos y unas pinzas.

La doncella traía á su señora el agua, que se vertía en las jofainas, y esta opera- ción se realizaba en el mismo cuarto dormi- torio.

Diana usaba dos grandes jofainas y dos jarros de plata dorados, verdaderos obje- tos de arte, que le fueron regalados por los consejeros de Rouen, cuando en 1548 acompañó á Enrique II en su entrada en dicha población.

Como ya hemos indicado al principio de este artículo, la belleza famosa y prolonga- da de Diana de Poitiers, se sostuvo mer- ced á remedios sencillos y nada complica- dos, circunstancia que deberían tener en cuenta muchas damas á quienes los produ- ctos de la moderna química imprimen en el rostro una careta tan ridícula como perjui- dicial.

CURIOSIDADES

Una colección regia

La manía de los coleccionistas, que trae



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.ª



BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 47

mente á aceptarlas cuanto que en su juventud la ma- yor parte de ellas tienen hermosas formas soberbios ojos, dientes magníficos y piés y manos de una peque- ñez estremada.

Obligados por la espantosa miseria que pesa sobre los indígenas y que hace morir de hambre á tantos desgraciados indios muchos padres venden sus hijas á los europeos.

Este odioso tráfico parece una cosa muy natural á la mayor parte de estos miserables bengalíes. Por una singular anomalía despreciando tanto á los es- tranjeros tienen sin embargo cierto orgullo en decir que su hija es la concubina de un europeo.

Algunos no se resignan á esta oscura separación si- no para evitar que su hija muera de hambre y por asegurarles una existencia mas feliz.

Sea lo que quiera ninguno de ellos se averguenza de este comercio infame. Estas costumbres que el li- bertinaje favorece demasiado son un grande escollo para los «colvillanos» (empleados civiles) y para los ofi- ciales dispersos por las tristes y lejanas residencias dell'adostan.

Muchos se dejan arrastrar por las fáciles costum- bras del país por el ejemplo de sus precesores, y so- bre todo por los consejos de la ociosidad y del aburri-

LOS BANDIDOS INDIOS 46

te para el rom y descendente para el otro líquido. Tres meses despues de su vuelta Roberto se casó con una rica heredera de las cercanías. En cuanto á Henrique recalcitrante al matrimonio, y todavía algo pródigo se le compró una tenencia en un regimiento de caballería que bien pronto fué enviado á la India con gran desesperación de ministros Bertell.

Habitada por gente que no piensa mas que en enri- quecerse lo mas pronto posible para ir á gozar de su fortuna bajo un clima mas saludable, la Bengala está lejos de ofrecer agradable residencia á los europeos. Hasta en Calcutta son raras las distracciones y sobre todo muy dispendiosas. Júzguese pues lo que deben ser en las pequeñas residencias donde toda la pobla- ción europea la forman tres ó cuatro funcionarios ci- viles y media docena de oficiales.

Montar á caballo oazar jugar correr beber y fumar el «homka ó narguileh» indio, hé aqui los únicos pla- ceres que se pueden gozar.

En cuanto á las mujeres es preciso renunciar á ellas y decir adios al amor á no ser que se resigne á comprenderlo á la manera de los naturales es decir con un «senanah» ó hacer compuesto de indias de tez oscura.

No siendo el color de estas muy desagradable á la vista muchos europeos se resignan tanto mas facil-

IV

El teniente Bertell

Henrique Bertell era el hijo segundo de un baron de Yorkshire. A su salida de la univ'rsidad, y para completar su educación de «gentleman» su familia le envió á pasar seis meses en París. Los seis meses du- raron cerca de dos años. Henrique cuyos padres eran ricos y no tenían mas que dos hijos, era el Benjamin